

## Las infancias y sus coordenadas con el mundo

Liora Stavchansky<sup>1</sup>

[...] creo que lo que se quiere desterrar en tanto resulta indigerible para el orden hegemónico, lo que el poder persigue, es el carácter femenino.  
Daniel Feierst

Las infancias perdidas.

Hablar de infancia implica hablar de singularidad, del caso por caso; sin embargo, la infancia se escribe en plural. La constatación de esta diversidad se aprecia en cada una de las historias que se tejen en el consultorio. Más de una vez, por ejemplo, hemos sido partícipes de la diferencia radical que existe entre lo que nos dice un niño o una niña y lo que nos dicen sus padres. Nos enfrentamos, en cada caso, a un decir diametralmente opuesto y, en apariencia, sin ningún punto de convergencia.

Aquí, se puede argumentar que, cuando los niños hablan, no sólo apuntan a una verdad, que es la suya, sino al lazo que existe con sus madres, con sus padres, sus tutores. Esto es lo que Freud encuentra en “sus histéricas”, cuya verdad no radica en su relación con la realidad, sino con el discurso, de tal modo que la movilidad del significante traduce el deseo en demanda para el infante.

Ha quedado bastante lejos la idea de niño que se tenía en el siglo XIX. Hoy en día, es necesario utilizar otros referentes, ya que, tanto la niña como el niño, no se reconocen como complementarios; es decir, la relación con el falo, desde sus distintas trincheras, no es la misma. Si tomamos la diferencia anatómica entre los sexos, tendremos una primera coordenada que nos permitirá organizar un camino para pensar lo paternal.

---

<sup>1</sup> Psicoanalista. Maestra en Teoría Psicoanalítica. Maestra en Estudios de Literatura Infantil. Doctora en Psicoanálisis. Autora de: Tejiendo la clínica: Entre el niño y el Otro. (2013); Entre hadas y duendes: Infancia, psicoanálisis y escritura (2008); Los niños y la literatura infantil (2014), entre otros.

Llama la atención que, en la literatura psicoanalítica en general, pareciera existir una mayor claridad con respecto a lo que ocurre con la constitución psíquica del niño que con la de la niña. No obstante, esa claridad no es sino efecto de una forma de pedagogía presente en la transmisión, aunque ambas formas de constitución, en sí mismas, configuren sus diferencias intrínsecas en la estructura del lenguaje.

Entonces, la diversidad entre los infantes no sólo atañe al orden anatómico, sino también al orden del discurso. Cuando hablamos del Edipo, por ejemplo, el camino que recorre cada uno es diferente; aun así, esto es más complicado de lo que podría pensarse pues, además de recorrer el trayecto, la posición particular de cada cuerpo (simbólico) también tiene injerencia. La pregunta es muy sencilla: ¿Cómo amenazar a alguien con quitarle algo que, anatómicamente, no tiene?

Cuando se aborda el cuerpo desde el campo de la palabra, lo simbólico nos ofrece algunas respuestas posibles. No obstante, Lacan, en 1952 –cuando introduce su tríada Real, Simbólico e Imaginario–, pone la pauta para no cargar de más el campo de la palabra, propiciando una concepción del campo de lo femenino más allá de la palabra misma.

El diálogo con Adler y con su protesta masculina, aportó valiosa información sobre las mujeres y el complejo de Edipo. Sin embargo, esto no implica la necesidad de establecer ninguna simetría –como si el hecho de hablar de un complejo de Edipo nos autorizara a hablar de un complejo de Electra–, haciendo un compendio de personajes míticos y reduciéndolos a ciertas características. La relación es mucho más compleja en tanto que la castración no es únicamente un ejercicio prohibitivo, sino que los posibles lazos del sujeto con el falo se posicionan, en diferencia, como mujer y como hombre.

Con respecto a la mujer (del siglo XIX), Freud indica:

Dos reacciones resultarán de ese encuentro, dos reacciones que pueden fijarse y luego, por separado o reunidas, o bien conjugadas con otros factores, determinarán duraderamente su relación con la mujer: horror frente a la criatura

mutilada, o menosprecio triunfalista hacia ella. Pero estos desarrollos pertenecen al futuro, si bien a uno no muy remoto.

Nada de eso ocurre a la niña pequeña. En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo. En este lugar se bifurca el llamado complejo de masculinidad de la mujer, que eventualmente, si no logra superarlo pronto, puede deparar grandes dificultades al prefigurado desarrollo hacia la feminidad.<sup>2</sup>

Es importante ubicar en contexto estas letras. Freud nació en un mundo en el que la función paterna estaba siendo sometida a revisión. En este sentido, el psicoanálisis que podemos denominar freudiano, no puede ser pensado sin la función del padre, aunque, más específicamente hablando, sin la función del padre muerto.

No fue Freud quien introdujo el término (función), no como tal, pero sí le otorgó gran importancia al padre y su función, tanto en la formulación de su complejo de Edipo como en su trabajo alrededor del padre de la horda primitiva en *Tótem y Tabú*, o del mismo Moisés y la religión monoteísta. Son tres presencias las del padre en la teoría freudiana, presencias que no pueden verse reducidas a un mero recorrido bibliográfico. Si este fuera el objetivo, no sería posible apreciar el alcance que tiene dicha función en la estructuración del sujeto posmoderno.

Lo paterno y las infancias

La importancia que, desde sus inicios, tuvo el padre para el psicoanálisis, puede rastrearse en varios textos donde Freud indaga el rol del hombre en tanto que padre. Hoy en día, nos queda más que claro que el hombre no necesariamente es quien ejerce la función paterna; sin embargo, es importante considerar algunos puntos teóricos desarrollados para lograr el sostén que se anunciará con la frase:

¿Qué quiere una mujer?

---

<sup>2</sup> Sigmund Freud, *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925), *Obras Completas*, Tomo XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, p. 271.

Para el psicoanálisis, pensar al falo más allá de lo biológico resulta imperativo, pero también lo es el no acotarlo a los roles sociales. Cuando Freud piensa en el retorno del totemismo en la infancia, anuncia la posición del niño con respecto al padre muerto de la horda, haciendo el contraste entre el papá de Hans y lo que opera en la fobia. Es claro que no se trata del mandato del padre, ni tampoco de la madre, para ejercer orden en la sexualidad infantil. Hay otra cosa en juego, y es la prohibición.

En el orden cultural, existen prohibiciones que sostienen a la sexualidad; de ahí la prohibición del incesto. Obviamente, este “código” no es concebido de la misma forma por el niño que por el adulto. Sin embargo, la línea que marca dicha prohibición implica una excepción, ofreciendo, de este modo, una articulación con la función del padre, quien, más que castrar, sostiene dicha prohibición.

Freud articula el totemismo con la entrada en la infancia, prefigurando así diversos modos de lazo social. El punto de inflexión radica en que no es necesario ser explícito con el niño en dichas cuestiones. Vale decirlo: la castración no se instala vía la amenaza.

La institución que Freud anuncia, colinda con esa Ley de prohibición del incesto, y la delinea con el mito de la muerte del padre de la horda primordial. Ahora bien, es importante hacer la diferencia entre el padre de la horda y el padre muerto, ya que ocupan momentos distintos y no consecutivos. Uno no es el otro. Esta separación puede apreciarse en Hans: el papá que lo cuida no es el mismo que el que lo autoriza, aquel que representa a la Ley del padre. Se trata de reconocer, entonces, la legitimidad que existe en la separación entre el padre que engendra y la Ley misma.

Lo paterno no sólo es sinónimo de prohibición o de violencia, también apela a dicha Ley que, paradójicamente, a través de su violencia, ejerce una separación al interior de los lazos libidinales con los mismos padres. La infancia puede ser situada, pues, entre estos estiramientos libidinales; de ahí que no sea necesario

que haya un hombre en la familia para que la función tenga lugar, o bien, que el complejo de Edipo con dos madres tenga lugar.

Esto último no es más que una provocación a la época y su traslación. Hacer énfasis en la necesidad de un padre violento como requisito para que se establezca la Ley, no es sino una reducción grosera a la violencia misma. La complejidad de la función del padre va más allá de su sexo, y se instala en el lenguaje mismo.

Para Freud, el padre es un soporte en tanto que el Edipo es una operación psíquica estructurante. Para Lacan, lo es en tanto opera en la metáfora paterna. El falo, en este momento, deja de ser un objeto más entre los demás para ser el objeto del deseo del Otro, con lo cual la posición del sujeto se radicalizará, situándose su relación con el falo más allá de la anatomía. Esta implementación teórica tiene grandes alcances, no sólo para el psicoanálisis, sino para sus críticos, ya que el falo es considerado un significante que representa lo masculino pero, a su vez, también representa la actividad, como si la pasividad implicara “negativizar” las posiciones. Desafortunadamente, los términos a los que recurrimos están cargados de ese halo genérico que produce un centro en la teoría. Sin embargo, el continente oscuro de la femineidad, la relación que guarda la mujer con respecto al falo, no se acota únicamente a posiciones binarias, o a las posiciones donde la mujer es un cuerpo femenino sin pene.

La función del significante falo opera para ambos sexos. La pasividad, entonces, no es sinónimo de femineidad, es un recurso para localizarla en relación con la prohibición, esto, en tanto que la misma Ley opera fallando, y en esa falla es donde se instaura la posibilidad de diferencia.

Cuando la metáfora paterna opera en la díada niño-madre, lo hace de manera diferente que en la díada niña-madre. El padre operará únicamente si la madre, en tanto que deseante, sin significante fálico, permita dicha operación estructurante. La metáfora paterna, pues, no es una simple suma de significantes, sino la concreción de la representación del deseo materno, cuya “pasividad” cunde en la

multiplicidad, momento en que el significante toma al cuerpo y lo libidiniza. El deseo de la madre apunta a un efecto de sentido. Para la niña, entonces, no sólo se trata del odio hacia la madre, sino del efecto de amor. No se puede pensar uno sin el otro.

Como vemos, el siglo XX centró sus reflectores en las presuntas características de la femineidad, centrándose casi exclusivamente en adjetivos. Es en el punto de partida en donde la función del padre, en relación con la diferencia entre los sexos, es binaria. Esta amplitud entre “pasivos” y “activos”, en varios ámbitos de la vida psíquica, abre y problematiza una función del padre que, pese a ser fallida, no significa que fracase, sino que abre la posibilidad de una diversidad en diferencia. Estamos en tiempos en los que lo femenino no sólo pertenece a las mujeres; la democratización de la sexualidad en el campo del deseo se sumerge en el lenguaje, alterándolo, esto, en el sentido de la alteridad.

Lo femenino en la infancia.

La mujer no aparece en Freud, pero sí la pregunta: ¿Qué quiere una mujer? No se trata del género en tanto “mujer”, sino de la figura más allá del lenguaje, que es donde anida la diferencia (en español, francés y alemán). Es en el uso de los artículos “el, la, los, las” donde se hace presente la diferencia entre unos y otras. El mismo uso del lenguaje ordena las cosas del mundo, las posiciona y las bifurca.

Subrayar lo femenino en la infancia es abordar la implicación del más allá del lenguaje en lo infantil, como aquello que escapa al mismo lenguaje. Ahora bien, no es que esto quede sin-nombre; siempre es posible darle nombre a lo que no lo tiene, pero la nominación no implica capturar el ser mismo de las cosas, siempre se nos escapa; se trata de la metonimia de la significancia.

Para Freud, el lenguaje, en su relación con la bisexualidad, marca los efectos de la estructuración del sujeto. La cuestión sobre el devenir de la femineidad obedece a una disposición. Sin embargo, la misma disposición es afectada por la represión en tanto tal, ya que ejerce los efectos de un lenguaje. Lacan lo denominó *lalengua*, un más allá de la lengua materna, con ese efecto de alteridad radical.

La explicación del ser –como si pudiera capturarse entre las letras– se fugaba cada vez que se veía interpelado por aquella diferencia que aparecía como el Otro de lo femenino. Es decir, no sólo se trataba de lo infantil, sino de lo femenino, que albergaba en sí mismo al lenguaje como negatividad.

Freud señala:

[...] el psicoanálisis, por su particular naturaleza, no pretende describir qué es la mujer —una tarea de solución casi imposible para él—, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir del niño de disposición bisexual. Algo hemos averiguado sobre esto en los últimos tiempos, merced a la circunstancia de que varias de nuestras distinguidas colegas han comenzado a elaborar esta cuestión en el análisis<sup>3</sup>

Aquel hombre nacido en la Europa del siglo XIX, dio un salto importante al renunciar a analizar ¿qué es *La mujer*? No se trata de una ontología, y mucho menos de una descripción de la personalidad; de eso se ocupan las psicologías. Para el psicoanálisis, la descripción fenoménica no es un punto de llegada ni de partida, pues no es posible saber quién es o no femenino-a-; son posiciones políticas en la democratización de una sexualidad posmoderna. Entonces, más allá de estancarnos en la imposibilidad freudiana de definir la femineidad, debemos partir de ella para reflexionar los alcances que se anuncian con el no-saber acerca de *La mujer*.

La niña, pese a no hacer el mismo recorrido que hace el niño en el campo edípico, parte del mismo objeto de amor, del deseo de la madre, pero este deseo no se acota al género.

El mandato de la condición del deseo del Otro opera en el cuerpo del infante, pero tiene su particularidad en cada infancia. Por eso subrayamos las ideas de Freud y les damos contexto, ya que existen diferencias, no sólo de tiempo, sino de contexto. Ya a la distancia de las teorías freudianas, aparece la diversidad. Admitir

---

<sup>3</sup> Sigmund Freud, “33ª Conferencia: La feminidad”, en *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis (1933 [1932])*, Obras Completas, Tomo XXII, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, p. 108.

esta diversidad por fuera del lenguaje, le posibilita a Lacan concluir que *La mujer no existe*, enunciado provocador para la época, sin embargo, en el que la escritura es punto clave, no la mera enunciación. *La mujer no existe* es la pauta para rodear el tema de la ontología, cuyo ser se presenta como problemático en el momento mismo de intentar definirlo como lo que es en tanto tal.

La operatividad del no-todo permite localizar lo femenino, no únicamente en el cuerpo, sino en la escritura misma, donde la enunciación se corporaliza para ofrecer sus efectos, ahí, donde la diversidad no se acota a lo Uno. Así, lo femenino, además de un impersonal, también opera en la infancia, ya que aparecen rastros de la diferencia cuando se trata del caso por caso, sin que éste llegue a ser una exigencia.

Lo femenino es lo ajeno y no la imposibilidad de la completud. El Otro no está pleno y el goce es lo que aparece como el no-todo. Lo femenino no-es-sin el lenguaje, de ahí que el goce tampoco lo sea, pero no-todo el goce se puede decir. Los dichos, los decires, rebasan por mucho la intención de su articulación. El Padre es fallido desde siempre, y su muerte es la principal muestra de esa imposibilidad; de ahí que pueda ser objeto de amor y prohibición en temporalidades diversas.

Lacan indica:

Es lo que el discurso analítico demuestra, en cuanto justamente que para lo que es de uno de esos seres como sexuado, el hombre en tanto que está provisto del órgano dicho fálico, he dicho: "dicho", el sexo corporal, el sexo de la mujer, he dicho de "la" mujer, justamente no la hay, no hay "la" mujer, "la" mujer no es toda, el sexo de la mujer no le dice nada si no es por intermedio del goce del cuerpo.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Jacques Lacan, *El Seminario, libro 20: Aun*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pp. 14-15.

Lo que el discurso analítico demuestra es, permítanme decirlo bajo esta forma, que el falo es la objeción de conciencia hecha por uno de los dos seres sexuados al servicio a rendir al Otro.<sup>5</sup>

Como podemos ver, entonces, nada puede ser resuelto en términos del ser, o en términos conceptuales, sino que se aborda desde la problematización del decir mismo, el cual es atemporal, tanto como decir “hoy por hoy”. “Hoy en día” será, pues, siempre, donde se le diga, sólo si es dicho. Lo femenino que se propone está en la misma lógica. Ser dicho no es únicamente definirlo, sino incorporarlo a la problemática misma del lenguaje y a la democratización del campo de las sexualidades, de las infancias y de los goces.

---

<sup>5</sup>Jacques Lacan, “Clase del 21 de noviembre de 1972”, en Otra vez. Encore, Seminario 20 (1972-1973), Versión crítica establecida por Ricardo E. Rodríguez Ponte, EFBA, Buenos Aires, 2005.